

Darwin y el fundamentalismo

Merryl Wyn Davies

Gedisa, Barcelona, 2004, 94 págs.

Título Original: *Darwin and fundamentalism*; Trad.: Carme Font.

Desde hace más de un siglo que en Estados Unidos está abierto un debate entre los partidarios de la teoría de la evolución como única explicación posible del origen del hombre y quienes están convencidos que Dios creó las especies tal como las conocemos actualmente, los denominados *Creacionistas Científicos*. Los primeros aducen en su favor que la ciencia de la evolución aporta las pruebas suficientes para sustentar tal afirmación y los segundos se basan en una interpretación literal de la Biblia. La polémica ha tenido sus momentos álgidos, en los que las posturas se han radicalizado. Europa ha permanecido relativamente al margen de esta cuestión, si bien es cierto que desde hace unos pocos años también aquí se está avivando el debate entre la compatibilidad o no de los conceptos de evolución y creación a la luz de la cuestión del *Diseño Inteligente*. En este contexto hay que entender el libro de Wyn Davies¹. ¿Quién tiene razón? ¿Los evolucionistas radicales? ¿Los creacionistas acérrimos? ¿Tal vez aquellos que ven compatibles las nociones de creación y evolución? ¿Acaso son los partidarios de la *ciencia* de la creación los autores de un mito inconsistente? ¿O tal vez se ha convertido el darwinismo intransigente en una doctrina fundamentalista? La autora pretende aportar algo de luz a estas cuestiones, así como a otras de esta índole.

El primer capítulo, de los ocho de los que consta el librito, constata lo que venimos diciendo. Su título es bien expresivo: *Creación contra evolución*. El capítulo es muy breve y arranca con una célebre polémica que acaeció hace pocos años en Estados Unidos. En agosto de 1999 el Departamento de Educación del Estado de Kansas aprobó, por un estrecho margen de votos, la autorización para eliminar el tema de la evolución de los planes de estudio. Para muchos la polémica actual entre evolucionistas y creacionistas es una

¹ Merryl Wyn Davies es escritora y antropóloga y fue productora de televisión de la BBC para programas sobre religiones.

continuación de las que hubo a partir de la publicación del *Origen de las especies* de Darwin en 1859. Según la autora, este libro constituye un logro inalienable de nuestro acervo cultural, pero ello no significa que los creacionistas científicos sean los únicos que piensan que el mundo de la biología no se rige enteramente por la evolución tal como la entendió Darwin. De modo que, según Wyn Davies no se trata de una simple “batalla entre la luz de la razón y la oscuridad del dogma” (p. 10). Es más, la autora se pregunta si podría ser posible que algunas teorías científicas, en cuanto se convierten en doctrinas ideológicas, podrían llegar a ser tan fundamentalistas como sus adversarios. Es decir: ¿Puede existir un fundamentalismo científico que funcione como el fundamentalismo de los creacionistas estadounidenses?



Charles Darwin joven

Tras esta breve introducción M. Wyn aborda los precedentes occidentales de Darwin. A partir de los sucesos conocidos y fechados que están contenidos en la Biblia el arzobispo de Armagh, James Ussher calculó que el momento de la creación fue hace 4004 años antes de Cristo, dato que dio a conocer en su libro: *Los anales del mundo*. A partir de 1701 este dato se incorporó a ciertas ediciones de la Biblia y empezó a ser considerada como una fecha oficial. Sin embargo: “cuando

Europa tomó conciencia de las antiguas civilizaciones de India y China, su largo registro histórico llevó a especular que eran civilizaciones más antiguas que la hebrea, una cuestión nada trivial” (p. 15). A esto hay que añadir “la aparición de un continente que no había sido mencionado precisamente en las fuentes bíblicas. ¿De dónde provenían sus gentes? ¿Eran auténticos seres humanos con alma?” (p. 17). Así, pues: “la idea de lo *primitivo*, el concepto de una condición prácticamente animal de la existencia humana temprana, estaba muy viva mucho antes de Darwin y su teoría de la evolución” (pp. 20-21) De hecho, esta idea: “había sido racionalizada como consecuencia de las

modificaciones en la comprensión del génesis” (p. 21). Este modo de ver las cosas lleva a la autora a concluir el capítulo anunciando con una de sus tesis: “La religión y la ciencia no son eternos enemigos; han estado estrechamente emparentadas en la historia de las ideas” (p. 22).

De ahí pasamos al tercer capítulo en donde la autora ahonda en los supuestos que sirvieron de sustrato a las ideas de Darwin. Así, por ejemplo, Wyn Davies afirma que Darwin reconoció su deuda para con T.R. Malthus (especialista en Filosofía Política) en lo tocante a su concepto de “selección natural”. Por su parte, según Wyn Davies, el filósofo Herbert Spencer no veía incompatibilidad entre la idea central de *El origen de las especies* y las creencias religiosas. Otros, en cambio, como Adam Sedgwick, no vieron esa compatibilidad. Se empezaba a consolidar, así, la dicotomía abierta por el célebre debate entre Huxley y el obispo Wilberforce.

A continuación M. Wyn trata sobre la selección natural. En este capítulo (el cuarto) la autora no sólo aborda este concepto clave de la evolución tal como la entendía Darwin, sino que también trae a colación algunas de las anotaciones que hizo el naturalista británico al respecto. Así Wyn Davies nos cuenta como: “el primer pasaje de los cuadernos de Darwin que claramente enuncia la idea de la selección natural y la aplica al hombre se escribió el 27 de noviembre de 1838. En otro de sus cuadernos, Darwin escribió: <<Nunca permitiré eso porque hay un abismo entre el hombre [...] y los animales: el hombre tiene un origen distinto>>” (p. 36). ¿Cuál fue la postura de Darwin en materia de religión? Según Wyn: “Los expertos debaten acaloradamente si Darwin siguió siendo creyente o no. Tal vez sí, tal vez no. Lo más probable es que se pasara a un agnosticismo poco desarrollado” (p. 37).

Sigue el análisis del juicio del profesor John Scopes en Dayton, Tennessee. El llamado “juicio del mono”. Se produjo a partir de la aprobación en ese estado de la “ley Butler”, según la cual no se podría enseñar en las escuelas ninguna teoría que negara la historia de la creación divina del hombre por parte de Dios tal como la narra la Biblia. Cabe destacar que quien la incumpliera tendría que hacer frente, como máximo, a una multa de cien

dólares y, en ningún caso, podría ir a la cárcel. Las cuestiones religiosas que conforman el juicio de Scopes sustentan debates actuales. Según la autora, ya entonces, “la defensa expresó su deseo de armonizar las posturas de ambas partes, un objetivo que todavía desea la inmensa mayoría del pueblo estadounidense” (p. 50).

El siguiente capítulo se centra en la *ciencia* de la creación y en algunas de las resoluciones jurídicas que se han producido en Estados Unidos sobre el tema de la enseñanza de la evolución en las escuelas desde el juicio de Scopes hasta ahora. El capítulo se cierra exponiendo la postura del Vaticano en este tema, por ello se citan la encíclica *Humani Generi* de Pío XII (1950) y las célebres palabras de Juan Pablo II pronunciadas en 1996 en su discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias.

Vistos algunos aspectos del fundamentalismo creacionista Wyn pasa al análisis del otro bando: el del fundamentalismo científicista. Naturalmente, no puede faltar las alusiones a Richard Dawkins y Henry Morris, en cuanto representantes del “ultradarwinismo” o “fundamentalismo darwiniano”.

La conclusión del libro se centra en el debate de la fundamentación de la dignidad de la persona. Para la autora, si bien es cierto que el creacionismo científico se excede en su interpretación literal de la Biblia y en su intento de equiparse a la ciencia natural en su explicación del mundo, también lo es que “el fundamentalismo darvinista y la progenie que ha generado deberían contrariar a todo el mundo, no sólo a los fundamentalistas cristianos, sino a cualquiera con una facultad de razonamiento concienzudo. Un mundo creado por la aprobación científica de estas ideas es uno donde la razón consciente corre peligro de extinción” (p. 79). Para Wyn: “las respuestas a las cuestiones morales no pueden hallarse en los hechos de la naturaleza” (p. 80). De modo que: “la batalla no es contra Darwin; es contra la autoridad que los intérpretes de Darwin le atribuyen” (p. 80). Sin embargo: “En vez de una batalla, debería existir un debate general y bien informado; en vez de intolerancia, sea de naturaleza religiosa o científica, necesitamos un diálogo crítico en el que

podamos ver más allá de los estereotipos míticos que impulsan a ideas incorrectas por las razones equivocadas” (p. 81).

Carlos A. Mermelada

carlosalbertomarmelada@yahoo.es